

Borrego y Moreno, Andrés, 1802-1891

Sucinta y verídica historia de la Hacienda de España / traducida del francés de una obra inédita de don Andrés Borrego, seguida de la secuela de dicha historia por el mismo autor.

Madrid : Imprenta de T. Fortanet, 1871.

Signatura: FEV-AV-M-00184

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

BORRERO (ANDRÉS)

Sucinta y verídica historia de
la hacienda de España.

MIS
536



Ex Libris
Jesús Rodríguez Salmones

C. B.: 60000000100261

FEV-AU-N-00184

SUCINTA Y VERIDICA HISTORIA
DE LA
HACIENDA DE ESPAÑA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS DE UNA OBRA INÉDITA DE

DON ANDRÉS BORREGO

SEGUIDA DE LA

SECUELA DE DICHA HISTORIA

POR EL MISMO AUTOR

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1871

13

MINISTERIO DE HACIENDA

HACIENDA DE ESPAÑA

Presupuesto de Gastos de 1888

Don ANTONIO GARCÍA

SECRETARIO DE HACIENDA

1888



MADRID

IMPRESA DE LOS ESTADOS

1888

SUCINTA Y VERIDICA HISTORIA
DE LA
HACIENDA DE ESPAÑA

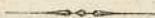
TRADUCIDA DEL FRANCÉS DE UNA OBRA INÉDITA DE

DON ANDRÉS BORREGO

SEGUIDA DE LA

SECUELA DE DICHA HISTORIA

POR EL MISMO AUTOR



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1871

SUCATA Y VERDICA HISTORIA

1874

HISTORIA DE ESPAÑA

UNIVERSIDAD DE MADRID

DOCTOR ANDRÉS BARRERO

MADRID

SECCION DE HISTORIA

1874



MADRID

IMPRESA DE J. FONTAÑA

PRÓLOGO DEL EDITOR.

El manuscrito de que está sacada la historia de la *Hacienda de España*, redactado en 1867, componia parte de un libro que llevaba por titulo: *Des causes du malaise de l'Espagne, et des rémedes extremes qu'elles ont rendus nécessaires.*

Compuso su autor la citada obra, llevado del sentimiento de la revolucion que todos preveian, y á fin de explicar las causas que la hacian inevitable, y de señalar cual no podria ménos de ser su significado. Como era de todo punto imposible que semejante publicacion hubiese circulado por España en aquella época, escribióse en francés, para que al ménos fuese conocida en el extranjero; pero sobrevino el movimiento insurreccional de Setiembre de 1868 ántes que el libro se entregase á la estampa, y ha permanecido inédito.

Habiendo el punto de vista comprensivo y claro, bajo el cual el autor considera la cuestion de Hacienda que tanto viene pesando sobre nuestro estado político, parecido á los amigos de aquél encerrar consideraciones de actualidad, que dan á dicho trabajo un interés no comun, esta opinion ha movido á algunos de ellos á

pedir la vénia del autor para traducir y publicar el referido fragmento de su inédita obra.

El Sr. Borrego, no sólo ha accedido á los deseos de sus amigos, sino que, aprovechando la oportunidad para acabar de expresar su pensamiento, lo completa y enriquece dando una atrevida y singular teoría al dogma de las *economías* proclamado por el Gobierno, y que en tan alto grado preocupa la atención del país.

De ambas partes de un mismo estudio, formamos un todo, que será seguramente leído con interés, no sólo por los que recuerdan las provechosas lecciones dadas á sus compatriotas en política y en economía pública por el afamado publicista, sino tambien por cuantos no sean insensibles á ver tratado con originalidad y elevacion asunto tan árduo y tan vital como lo es el del porvenir de la Hacienda de España.

SUCINTA Y VERÍDICA HISTORIA

DE LA

HACIENDA DE ESPAÑA.

Cuenta una leyenda más conocida fuera de España que dentro de ella, que en los primeros años de la era cristiana los apóstoles propagadores del Evangelio acudieron al Señor en demanda de gracias y de mercedes en favor de los pueblos que convertían á la fé de Jesucristo. San Dionisio y San Jorge obtuvieron sin dificultad del divino Maestro; el primero, el otorgamiento de las brillantes dotes que constituyen la base del carácter francés; el segundo, la promesa de las sólidas calidades que distinguen á los insulares bretones. No queriendo Santiago, patron de España, mostrarse ménos solícito en favor de sus catecúmenos, pidió al Señor que entre otras ventajas gozase España la de tener un buen gobierno. Sobre este solo punto únicamente fué negativa, refiere la leyenda, la respuesta del Redentor del mundo.

« Si sobre las demás calidades y excelencias repartidas á los españoles alcanzasen las de tener un buen gobierno, serian el primer pueblo de la tierra y tendrian motivo para estar quejosas todas las demás naciones de la cristiandad. »

La negativa atribuida al Salvador respecto á la política, podria muy bien extenderse á la Hacienda, si hemos de juzgar por la triste experiencia que el curso de los siglos suministra, pues desde que España existe como nacion, como cuerpo social uno y homogéneo, constantemente ha esterilizado los magníficos dones que le fueron deparados por la Providencia.

Esta verdad es la que vamos á demostrar con toda la brevedad que comporta la necesidad de encerrar en pocas páginas un tema cuyo desenvolvimiento exigiria volúmenes.

No existen medios de comprobar las maravillas atribuidas á la España romana en punto á poblacion y á riqueza.

En cuanto á la dominacion árabe, ella se redujo á una lucha perseverante y devastadora, incompatible con un gran desarrollo de bienestar, no obstante lo cual, en Andalucía, en Valencia y en los ricos valles donde los árabes fijaron su residencia predilecta, la agricultura alcanzó una innegable prosperidad. El fuego fátno de la civilizacion musulmana produjo, sin embargo, más bien apariencias brillantes que creaciones duraderas; pero el genio industrial, que no es dudoso desplegaron los moros y los judíos, no tardó en desaparecer, aterrado por el intolerante fanatismo que siguió á la conquista de Granada.

Poco tiempo despues, la Providencia se complació en regalar á España la más portentosa perspectiva de fortuna comercial que jamás se presentara á ninguna otra nacion del universo. El inmortal Colon descubria el Nuevo Mundo, y Carlos V se vió poseedor de los dos continentes del hemisferio americano, y señor exclusivo de todo el inmenso territorio que se extiende del polo Norte al polo Sur, desde la bahía de Hudson hasta el cabo de Hornos, pues no hay que olvidar que á principios del siglo xvi España poseyó incontestadamente las dos Américas, toda la del Norte al mismo tiempo que la del Sur. El continente que hoy forma el territorio de los Estados Unidos, region descubierta por Fernando de Soto, permaneció incorporada durante algunos años á nuestro gobierno de las Floridas; pero los españoles desdeñaron de colonizar desiertos cubiertos de bosques y en los que no hallaban minas de oro ni de plata, y que defendian tribus de indios más belicosos que los que habíamos fácilmente vencido en Méjico y en el Perú. España abandonó, sin creer que en ello hacia sacrificio alguno, las dilatadas y feraces tierras que circuyen el golfo mejicano, territorios de los que no tardaron

en hacerse dueños los franceses y los ingleses, apropiándose aquellos el Canadá y fundando éstos sus colonias de la Nueva Inglaterra, convertidas más tarde en la gran República de los Estados Unidos.

Pero aún fué más portentosa la ventura de nuestros grandes navegadores en aquel siglo memorable. Al mismo tiempo que los españoles fundaban los imperios de Méjico y del Perú, que conquistaban á Buenos-Aires, á Chile y á Costa-Firme, sus descubridores, siguiendo las huellas de Vasco de Gama, penetraban en el Océano Índico y se enseñoreaban del rico archipiélago, al que dieron el nombre de *Islas de las Especies*.

Mas no comprendieron Carlos V ni su hijo Felipe II la importancia de los dones que la fortuna ponía en sus manos, y haciendo poco caso de ellos y descuidando de imprimir al poder de España el carácter marítimo y comercial á que convidaba la importancia de sus adquisiciones coloniales y el genio de los descubrimientos de que se hallaban poseídos los españoles, aquellos príncipes se empeñaron como á porfía á esterilizar los vastos recursos del inmenso imperio que la Providencia ponía en sus manos.

Carlos V vendió á los portugueses el privilegio de comerciar primero, y de poseer despues el archipiélago indio, mediante el préstamo de algunos centenares de miles de escudos. Casi al mismo tiempo se inauguraba en las colonias que conservamos en América, el absurdo sistema comercial que convirtió en causa de empobrecimiento y de ruina el descubrimiento y la posesion de regiones, que hubieran podido valer á España la supremacía del comercio de todo el universo.

No quiero significar con esto la despoblacion de nuestra Península, señalada por autores extranjeros como la causa esencial de la decadencia de nuestra prosperidad. Las emigraciones á América no habrian producido los males que se les atribuyen, á no haber ido acompañadas de la estancacion de la produccion indígena y del empobrecimiento de la na-

cion, cuya ruina no pudo ménos de ser la inevitable consecuencia del absurdo sistema comercial seguido por la dinastía austriaca.

No se nos ocurre por cierto pedir á los estadistas del siglo xvi, que hubiesen obrado segun los principios de la ciencia económica de nuestros dias. Era en aquellos tiempos doctrina general, la de que toda metrópoli debia reservarse el monopolio exclusivo del comercio de sus colonias. Pero España exageró este principio, llevándolo hasta la insensatez. El comercio con nuestras colonias de América se vió cerrado, no ya sólo á las demás naciones, sino más especialmente aún á los españoles. Prohibióse, en efecto, la salida de buques de los puertos de España para las colonias, de las que tampoco podian venir embarcaciones para los puertos de la Península.

Las relaciones mercantiles entre la metrópoli y sus posesiones tras-atlánticas constituian un estrecho monopolio conferido primitivamente á la ciudad de Sevilla y trasferido después á la de Cádiz, en la que se fijó la residencia de lo que se llamó *el Asiento*, administracion encargada de reglamentar y de dirigir el comercio de las colonias. No hay ejemplo de un sistema comparable al que seguia aquel singular establecimiento. Hé aquí su manera de proceder:

La oficina del *Asiento* llevaba un registro-matrícula, en el que inscribia los nombres de los comerciantes domiciliados en Sevilla ó en Cádiz, á quienes se concedia el privilegio, sumamente buscado y restringido, de comerciar con las Américas. El *Asiento* poseia naves, y en caso de necesidad fletaba bajeles, á cuyo bordo permitia á los matriculados cargar mercaderías destinadas á los puertos de Vera-Cruz, de Portobelo, de Buenos-Aires, y posteriormente al de Lima. Pero estas expediciones no se verificaban sino una ó lo más dos veces al año, en cuyas épocas formaban convoyes los bajeles que los componian, dándoles escolta buques de guerra, y yendo al cuidado de los mercantes un empleado del *Asiento*, quien en calidad de sobrecargo general de todas las merca-

derías, era portador de las facturas y el consignatario obligado de cuanto trasportaba la flota. Llegada ésta al puerto á que iba destinada, el comisario del *Asiento* disponia el descargo de los géneros, y en paraje destinado al efecto se abria el mercado y se procedia á la venta con arreglo á los precios que por bando fijaba el referido empleado. A fin de atraer compradores á aquellas ferias durante los pocos dias que permanecian abiertas, anunciábase con anticipacion por edictos en las ciudades y pueblos del interior, la fecha á la que debia llegar la flota, y en su consecuencia los comerciantes de tierra adentro se ponian en camino, trayendo en largas carabanas de mulas las producciones del país que se proponian vender, y que la flota cargaba en retorno de los géneros traídos de España.

Basta haber indicado lo que era aquel sistema, que parecerá increíble á fuerza de ser absurdo, y que sin embargo se mantuvo en vigor desde el descubrimiento de América, hasta el reinado de Cárlos III, para comprender que semejante sistema esterilizara la posesion de las riquísimas colonias que durante tres largos siglos permanecieron cerradas á la industria y á la actividad de la mayoría de los españoles. Aquellos de entre los naturales de la Península que iban á establecerse á América, se enriquecian con facilidad, y no pocos regresaban poseedores de considerables fortunas; pero la masa de la nacion no podia participar de las ventajas reservadas á un corto número de privilegiados.

La explotacion de las minas de oro y de plata componia la grande industria, cuyo desarrollo se operó en grande escala en nuestras colonias. El gobierno imponia á los mineros un impuesto muy crecido y que hacia entrar considerables sumas en las arcas del erario. Durante 300 años, los metales preciosos exclusivamente sacados en aquellos tiempos de las minas de América, pasaban por la Península como por medio de un canal intermediario que distribuia el numerario sobre toda la superficie del globo, pero sin dejar á los habitantes de la Península los beneficios que hubieran debido reportar



de la importante funcion económica que desempeñaba España, la de productora exclusiva del numerario destinado á alimentar el comercio del mundo; papel que cupo á nuestro país llenar desde mediados del siglo xvi hasta la guerra de la Independencia. A la verdad, el Tesoro público, y no pocos particulares, recibian enormes sumas de dinero; pero aquella plata no se empleaba para la reproduccion, é iba á manos del gobierno, el que lo gastaba en guerras impolíticas; ó á las de los particulares, quienes la destinaban á fundaciones religiosas, á la ereccion de mayorazgos.

La guerra de sucesion que siguió al fallecimiento de Carlos II, duró como es sabido trece años, y dió lugar á un raro fenómeno. Las autoridades de las colonias, dudosas de quién seria entre los dos pretendientes, el austriaco ó el francés, el que ceñiria la corona, adoptaron el prudente partido de suspender el envío á la Península de los subsidios, principal alimento de nuestro Tesoro, de cuyas resultas fueron acumulándose en las cajas de Ultramar inmensas sumas de numerario, las que al terminar la guerra y celebrarse el tratado de Utrech fueron dirigidas sobre la Península, y dieron á los hijos de Felipe V la posesion de los cuantiosos tesoros que de repente ingresaron en España; y produjeron tal asombro y contento, que las gentes decian en su admiracion de ver tanta riqueza, que habia habido *que apuntalar las tesorerías*, para que el exceso de peso de tanto dinero no hundiese los edificios.

Aquel numerario sirvió al cardenal Alberoni para sus atrevidos proyectos, y á Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, para sus conquistas de Parma y de Nápoles. No tardaron los financieros enviados por Luis XIV á fin de que sirviesen de tutores á su nieto, en reconocer cuán absurda era nuestra legislacion colonial; y á su influjo, y más tarde al del ministro Galvez, se debió la promulgacion de la ordenanza llamada de libre comercio, que no fué otra cosa sino la franquicia concedida á los puertos de Sevilla, Cádiz, Málaga, Alicante, Cartagena, Barcelona, Santander, la Coruña,

Gijón, Palma, Almería y Tenerife, de poder expedir directamente y sin trabas, buques y mercaderías á los puertos de América designados en dicha ordenanza como habilitados para el comercio con la Península. Permitióse al mismo tiempo que de los puertos de las colonias á los de España pudiesen venir libremente productos de América, sin estar sujetos á las limitaciones y trabas que hasta entónces habian existido. Bastó aquella medida tan sencilla, y por la que se levantaban los obstáculos que habian impedido el desarrollo de las naturales relaciones de los súbditos de la corona en ambos hemisferios, para producir resultados tan prósperos cual los hizo tocar el que en los años que siguieron al planteamiento del nuevo sistema mercantil, los rendimientos de aduanas que no habian hasta entónces jamás excedido de 80 millones de reales, se elevasen hasta 600. Júzguese por estos resultados cuáles no habrian podido ser para España y para América los inmensos beneficios que se hubiesen seguido si desde el descubrimiento de las Américas se hubiera permitido á los súbditos de la corona en ambos hemisferios cambiar libremente los productos de su trabajo.

Gracias á aquel abandono de absurdas leyes fiscales, el reinado de Carlos III se inauguró con una prosperidad nunca vista en nuestra Península. Por primera vez en la historia de la Hacienda de España, su gobierno se vió en posesion de un robusto crédito, sirviéndose de él para crear los *Vales Reales*, especie de billetes del Tesoro á vencimiento fijo y que gozaban interés; clase de papel que obtuvo un favor tan grande, que por cierto tiempo el público preferia los *Vales Reales* al numerario. Pero es achaque de los gobiernos absolutos no hacer florecer el crédito. Carlos III abusó del que obtuvo su gobierno, empleándolo en alimentar guerras impolíticas, que hasta cierto punto continuó su hijo Carlos IV, quien no tardó en verse obligado á comprar la amistad de la república francesa al firmar la paz de Basilea, y poco despues á pagar todavía más cara la aparente alianza de Napoleon I, con el vano intento de conjurar la caída de la dinastía. Bajo la administracion

del Príncipe de la Paz, la Hacienda española volvió á los tiempos de penuria, y húbose de recurrir á ruinosos empréstitos y á expedientes de todo género, á fin de hacer frente á las necesidades del Estado.

Pero habia ya sonado para nuestra Península la hora en la que debia sentir el absorbente influjo de la gran revolucion de 1789. El representante coronado de aquella revolucion, el emperador Napoleon I, propúsose regenerar á España, sin contar para ello con la voluntad de la nacion, y erró en los medios de conseguirlo por no haber sabido apreciar el carácter de nuestro pueblo. Los españoles admiraban, y aún puede decirse que amaban á Napoleon, ántes que la sangrienta jornada del 2 de Mayo y las inauditas escenas que acompañaron el destronamiento de la familia Real en Bayona no hubiesen exaltado hasta el delirio el patriotismo de nuestro pueblo. Si en vez de haberse apoderado alevemente de nuestras fortalezas y de haber cubierto nuestro territorio con sus soldados, Napoleon se hubiese presentado en Madrid acompañado de una simple escolta, es muy probable que el país le aclamara como amigo y libertador de quien esperara ayuda para deshacerse del odiado valimiento del Príncipe de la Paz.

Pero nos hemos algun tanto separado del asunto especial que nos ocupa, y volvemos á entrar en él con propósito de no distraernos de lo que concierne á la Hacienda, único punto de que debemos tratar. La guerra de la Independencia consumó la ruina material del país; con la emancipacion de las colonias perdimos á la vez los cuantiosos subsidios que ellas nos enviaban, y los beneficios del monopolio comercial que tan gran desarrollo habia tomado en los últimos años. El capital moviliario de la nacion, bastante limitado en sí, desapareció casi enteramente en los seis años de encarnizada guerra, durante los cuales el país se vió entregado al pillaje, sus poblaciones saqueadas, sus campos devastados, sus rebaños devorados, y las cosechas consumidas por los beligerantes, cuyas requisiciones no eran pagadas ni por los franceses, ni por los ejércitos nacionales; y para que nada faltase

á tanto género de calamidad, el año de 1812 fué un año de hambre, en el que el trigo llegó á valer 25 duros por fanega. A la vuelta de Fernando VII de su cautiverio en 1814, encontró al país sumido en un empobrecimiento general.

Pero aquella decadencia habria sido tanto más reparable, cuanto que el ánimo público se habia despertado y empujaba á entrar en el sendero de los adelantos sociales. Desgraciadamente los partidos políticos que acababan de hacer su aparición, se dejaron llevar de sus pasiones, desconociendo lo que el interés público reclamaba. Liberales y serviles cerraron los oídos á la necesidad de haberse hecho recíprocas concesiones, y despues de haber los primeros proclamado la democrática Constitucion de 1812, volvió á enseñorearse el antiguo y desacreditado régimen de las camarillas, merced á la ingratitud del rey y á las exageraciones de sus partidarios.

Durante los seis años trascurridos desde la vuelta del rey hasta la revolucion de 1820, el estado de la Hacienda llegó á los últimos límites de su hundimiento. El Tesoro no pagaba á nadie; los intereses de la Deuda ni aún como memoria figuraban entre las atenciones públicas. Los empleados, el ejército, la marina, los retirados, llegaron á tener 32 meses de atrasos; lo poco que se recaudaba apenas bastaba para las atenciones de palacio y para saciar la codicia de los favoritos del rey. Un ministro animoso, D. Martin Garay, quiso poner remedio á tan vergonzoso estado de cosas por medio de un sistema de reformas que la opinion pública acogió con señalado favor; pero los palaciegos se apresuraron á derribar á Garay, y siguiendo las cosas por el camino que llevaban, el descontento general y las conspiraciones liberales que vinieron sucediéndose unas á otras, condujeron á la revolucion de 1820, trayendo á la direccion del Estado desde los presidios y el destierro, á los constitucionales proscriptos.

La historia de las revoluciones no ofrece ejemplo de haber llegado al poder hombres mejor intencionados ni más puros que lo fueron los doceañistas. Pero su incontestable ilustra-

ción literaria estaba acompañada de una inexperiencia política que rayaba en candidez. El espíritu de partido en unos y el temor en otros de incurrir en impopularidad, les hizo perder aquel golpe de vista certero que constituye la aptitud de los hombres de Estado. Faltos de tiempo para regenerar la dilapidada Hacienda, quisieron los liberales dar por lo ménos á conocer la rectitud de sus intenciones, y celosos de que el mundo tuviese idea de la buena fé española, se apresuraron á decretar el reconocimiento de la deuda que el absolutismo nos habia legado, y á cuyo pago consagraron los bienes nacionales, cuya importancia se calculaba seria inmensa. Fundábase esta esperanza en la apropiacion de los bienes del clero; y no era infundada aquella expectativa, toda vez que el importe de la propiedad eclesiástica habria bastado para cubrir lo que la nacion debia en aquella época. Mas aunque las Cortes procedieron con gran miramiento respecto á la desamortizacion, bastó la simple declaracion de que se reconocia en su integridad toda la deuda pública, para que los capitales extranjeros, dando una prueba de la confianza que inspiraba el nuevo régimen constitucional, se apresurasen á venir en nuestra ayuda.

Gracias á aquella confianza, llenáronse inmediatamente los dos empréstitos que en los años de 1821 y 22 contrajo el gobierno con casas de París, operaciones que dieron lugar á la creacion de títulos del 5 por 100, á los que en las Bolsas extranjeras se dió el nombre de *Bonos de las Cortes*. Un año despues los cien mil hijos de San Luís, conducidos por el duque de Angulema, vinieron á dar en tierra con la situacion. Mas aunque derribado por la fuerza y por la violencia el gobierno de los liberales, fué amnistiado y declarado exento de toda complicidad en la odiosa bancarota decretada por Fernando VII, apenas hubo éste recuperado el pleno ejercicio de su poder absoluto, sin que lo retuviera para decretar tan odiosa medida la consideracion de que el dinero de los empréstitos que repudiaba, se habia invertido en los gastos corrientes del Estado y en el puntual pago de su cuantiosa lista civil.

No hay para qué detenernos en relatar la historia de la Hacienda del restaurado monarca. Los hechos que ella comprende no han ejercido sobre la situación económica en que se encuentra el país actualmente, una influencia bastante caracterizada para que su exámen deba detenernos; pero sobresalen en ella hechos tan singulares, que no podemos dispensarnos de consagrar algunos renglones á su recuerdo.

Fernando VII, restaurado por las armas francesas, comprendió que para sostener su absolutismo necesitaba dinero; que para obtenerlo le era preciso acudir al crédito, del que no podría hacer uso sino atendiendo á las obligaciones de la deuda. Pero la manera que tuvo de verificarlo fué por demás peregrina. Dijo que reconocía, aplazando su pago, las deudas de sus antepasados; pero destinó todos los recursos disponibles á satisfacer puntualmente á los que le prestaban dinero fresco, al mismo tiempo que repudiaba *in totum* los empréstitos de las Córtes. Un Josefino, domiciliado en París, el sevillano D. Alejandro Aguado, se encargó de hacer morder el anzuelo á los parisienses, y tuvo la habilidad de excitar la codicia de la clase media á despecho de la encarnizada guerra que á sus operaciones bursátiles declararon la alta banca y la prensa de París, coligadas contra lo que no cesaban de llamar los *escamotages* del agente de la corte de España. No bastaron, sin embargo, aquellos anatemas para impedir que, merced á su hábil manejo, el Sr. Aguado hiciese subir la renta perpétua creada por Fernando VII á 84, ínterin que los *Vales Reales* que constituían la deuda secular de la monarquía se cotizaban de 12 á 14 por 100, y los empréstitos de las Córtes sólo valían de 2 á 3.

Pero la gran crisis peninsular se aproximaba á paso de gigante. Fernando quería dejar asegurada la sucesión de la corona á su hija Doña Isabel, cuyos derechos negaban con las armas en la mano los partidarios del Infante D. Carlos. Desde luego se hizo evidente que para que la Reina Cristina pudiese hacer triunfar la causa de su hija, tenía que buscar la alianza del partido liberal. Hizolo así, en efecto, y bastó la esperanza

de que se restableciera el régimen constitucional, derrocado en 1823, para que la confianza pública se asociara al porvenir de España, y para que los títulos creados por las Cortes, repudiados por el Rey, y cuyos intereses no se pagaban, subiesen rápidamente hasta 50 por 100, hecho que elocuentemente prueba la buena opinion que en Europa se tenía del partido liberal y la robusta esperanza fundada en su advenimiento al poder.

En efecto; no tardó la viuda de Fernando VII en experimentar la impotencia del sistema representado por el señor Zea Bermudez, y la necesidad de llamar á sus consejos en la persona del Sr. Martinez de la Rosa á uno de los más esclarecidos representantes de los constitucionales proscriptos. Pero este hombre de Estado no era un financiero, y receloso además de la oposicion que se disponia á hacerle el conde de Tono, elegido como diputado por Astúrias en las Cortes que acababan de reunirse, le dió puesto en su gabinete, confiándole el Ministerio de Hacienda.

Aquí principia y este fué el origen de la larga série de errores y de aberraciones que han precipitado la Hacienda de España en el deplorable estado en que se encuentra. Fácil á más no poder era la mision á que se veía llamado el conde de Toreno. Su primera necesidad consistia en haber de encontrar dinero en abundancia para poner pronto y feliz término á la guerra civil. No era político ni podia aquel ministro sacar de las contribuciones públicas los recursos de que necesitaba, y le era por consiguiente forzoso apelar al crédito exterior. Las circunstancias no podian ser más favorables para semejante intento. Los fondos públicos españoles eran buscados en todas las Bolsas de Europa. El 5 por 100 emitido por D. Alejandro Aguado se cotizaba, como hemos dicho, á 84, y los bonos de las Cortes, bajo la esperanza de su reconocimiento, habian llegado hasta exceder el precio de 50 por 100, alza pasmosa tratándose de un papel no reconocido todavía.

El conde de Toreno habia anunciado que no se ocuparia inmediatamente del arreglo general de la deuda, por la muy

sencilla y valedera razon de que para hacerlo con buen éxito convenia esperar á que terminada la guerra civil pudiesen destinarse á la deuda los cuantiosos recursos que prometia la desamortizacion. Este plan era inmejorable á todas luces. Siguiéndolo, bastábale al ministro ocuparse de mantener regularizando nuestro crédito en las Bolsas extranjeras, en las que hubiera encontrado los recursos que imperiosamente reclamaban las atenciones de la guerra. ¿Y qué es lo que necesitaba el conde de Toreno para haber obtenido este resultado?

Tan solamente mantener lo que existia relativamente á la renta perpétua del 5 por 100, y restablecer el pago de los intereses de los bonos de las Córtes, entregando á sus tenedores títulos de renta en representacion de los intereses vencidos y no pagados. Sin más que estas medidas tan sencillas, el conde habria conseguido cuanto en aquellos momentos pedia el sostenimiento y la prosperidad de nuestro crédito. Ellas habrian puesto á disposicion del Tesoro el Pactolo de las Bolsas extranjeras. Nuestros fondos, que mantenian su alza sostenida, habrian continuado subiendo; y esta presuncion no es vana, pues sabido es que la casa de Rothchild y los principales banqueros de Europa se hallaban dispuestos á sostener el movimiento favorable de nuestros valores. Bajo semejantes auspicios no era aventurado esperar que habiendo precedido el reconocimiento íntegro de la deuda perpétua y el restablecimiento del pago de intereses de los bonos de las Córtes, el empréstito que era indispensable encontrar se hubiese negociado tal vez al 90 por 100. Fortalecer nuestro crédito aprovechándose de la buena opinion que en Europa se tenia de nuestra providad y de nuestros recursos, era en aquellos dias la gran medida financiera reclamada por las circunstancias; ella nos habria dado los medios de pedir á los capitales extranjeros los auxilios de que necesitábamos para terminar la guerra y organizar el país; ella nos hubiera puesto en el caso de obtenerlos á condiciones que hubieran permitido al Tesoro sustraerse á las exigencias de los contratistas y de los presta-

mistas indígenas, cuyas durísimas condiciones fué forzoso aceptar más tarde.

La contratacion de un par de mil millones efectuada en 1835 al precio á que hubiera podido efectuarse, procediendo de la manera que acabamos de indicar, habrian suministrado abundantemente recursos más que suficientes para que la guerra civil que debia durar seis años se hubiese terminado cuatro ó cinco años ántes, en cuyo caso la nacion habria podido efectuar las siguientes economías:

- 3.986 millones de reales que ha habido que sacrificar para pago de los suministros y de los empréstitos contraídos por efecto de la prolongacion de la guerra civil.
 - 1.000 millones, importe de las indemnizaciones que se han tenido que pagar á los pueblos por los daños y pérdidas que sufrieron por efecto de dicha guerra.
 - 2.500 millones que por lo ménos han importado los suministros hechos por los pueblos á los dos ejércitos beligerantes.
 - 1.600 millones, importe de los haberes del ejército en exceso de los que hubiera devengado en tiempo de paz, ó sea diferencia entre el presupuesto ordinario y el extraordinario de guerra.
- 9.086 millones.

Esta es la suma que la nacion habria podido ahorrarse, y que contaria hoy en su activo, de haberse procedido como lo reclama el interés público y lo sugeria las más claras nociones del sentido comun. Pero el señor conde de Toreno vió las cosas de otra manera.

No obstante haber reconocido que no eran aquellas circunstancias las que debian escogerse para un arreglo de la deuda, en la cual no cabe hacer distinciones entre exterior é interior, pues toda nacion bien regida asimila su deuda, el conde dividió la de España en varias categorías, entrando de lleno en el arreglo exclusivo de la deuda exterior, no obstante que

había declarado que no podían ser conocidos hasta más tarde los recursos con que podría atender á su pago. Semejante manera de proceder, claramente demostraba que su principal objeto era el de pesar inmediata y excepcionalmente sobre crédito exterior; y para conseguirlo, claramente se veía que no había sino dos maneras de proceder; una favoreciendo el movimiento de alza perfectamente iniciado ya, y para lo cual sólo se necesitaba, como hemos dicho, no tocar á la renta Aguado, y rehabilitar la de las Córtes; otra, procediendo en términos que contuviesen aquel movimiento, que lo paralizasen, que contrarestasen la opinion de las Bolsas y del público, que había tomado á empeño tener confianza en el porvenir de la nacion española.

El primero de los dos sistemas constituía una grande operacion á la alza, operacion á la que naturalmente se inclina siempre todo buen ministro de Hacienda. El segundo no podía ménos de conducir á una inevitable baja de nuestros valores en las Bolsas extranjeras.

Grande fué en toda Europa el asombro de los hombres entendidos en los negocios al ver que el señor conde de Toreno, cerrando los ojos á las más obvias consideraciones del interés público, se decidía por una operacion á la baja, sin que pueda decirse que hay la menor exageracion en calificar en estos términos el arreglo de la deuda hecho por aquel ministro, siendo un hecho material y de incontestable evidencia que de 84 á que estaban los fondos españoles al verificarse el mencionado arreglo, bajaron inmediatamente á 54, precio al que negoció el conde su empréstito de cien millones de francos con la casa de Ardoins, de París.

Pretenden los hombres que se dicen bien enterados de la historia secreta de aquellos tiempos, que el conde abrigaba resentimientos personales con el jefe de la casa de Rothchild, de París, y que repugnando á su altivez entrar en tratos con aquella casa, se prestó á combinaciones, en las que no hubo de advertir iba envuelta la difamacion y la ruina de nuestro crédito en el interior.

El arreglo de la deuda, tal cual lo estableció la ley de 16 de Noviembre de 1834, consistía en dejar de pagar intereses sobre la mitad del capital de la renta Aguado, al mismo tiempo que se llamaba al goce de intereses la mitad del capital representado por los bonos de Córtes. La otra mitad de una y otra clase de deuda, así como el importe de los intereses vencidos de los empréstitos constitucionales repudiados por Fernando VII, entraban en la categoría de deuda pasiva, la cual se ofrecía consolidar pasados que fuesen doce años despues de verificado el ofrecido arreglo de la deuda interior.

Hasta el malhadado día en que llegó á Inglaterra la noticia del arreglo hecho por el conde de Toreno, los tenedores de bonos de Córtes, ingleses en su gran mayoría, abrigaban la más alta opinion acerca de la moralidad de los españoles, y su confianza en el porvenir de nuestro país era ilimitada.

El desengaño que los ingleses creyeron hallar en aquella especie de repudiacion que acababa de hacerse de la mitad de los bonos de Córtes, con cuyo reconocimiento por completo habian contado por efecto de su confianza en la probidad del partido liberal, produjo sobre el espíritu de los ingleses una impresion que no ha llegado todavía á borrarse. De entónces acá ha decaído, ha desaparecido, se ha cambiado en prevenicion y alejamiento, la predileccion con que eran miradas las cosas de España. Si bien alimentado y acrecentado por hechos posteriores, el descrédito que pesa sobre nuestros fondos en el extranjero, arranca del arreglo hecho por el conde de Toreno, el cual fué en realidad la huesa que sepultó el crédito de España en el extranjero. Pero no se limitaron á esto nuestros errores financieros; lo que acerca de ellos acabamos de consignar, es sólo la primera etapa en la larga série de aberraciones que se han cometido.

En 1836 una revolucion radical, el triunfo completo de los principios del partido progresista, trajeron á la nacion el rico presente del patrimonio del clero regular, cuyos bienes fueron declarados nacionales é incorporados al Estado. El día en que se decretó aquella medida no tenia su autor, D. Juan Alvarez

y Mendizábal, con qué pagar el semestre de la mitad de la deuda extranjera que había reconocido el conde de Toreno. De esperar habria sido que un hombre que tanta importancia daba al crédito como el Sr. Mendizábal, hubiese pensado en sacar partido de los recursos que la revolucion ponía en sus manos; y aunque en aquellos momentos no habria sido posible levantar en España dinero efectivo sobre la enajenacion de los bienes nacionales, á efecto de atender con sus productos al pago de los semestres de la deuda exterior, no es, sin embargo, dudoso que sobre la hipoteca de dichos bienes, era dable haber montado en el extranjero operaciones de crédito que hubiesen dado recursos suficientes para haber atendido al pago de los semestres é impedido la desgracia y la vergüenza de una tercera bancarota en lo que llevamos de siglo. La primera de ellas, de la que nadie acusa la buena fé de la nacion, la motivó la invasion de los ejércitos de Napoleon I en 1808, y la consiguiente desorganizacion del gobierno y agotamiento de nuestros recursos; la segunda acabamos de ver cómo fué traída por el arreglo de la deuda del conde de Toreno, y la tercera venia ostensiblemente á producirla la guerra civil, que habia llegado á su mayor intensidad en aquellos dias; pero en realidad, lo que en 1836 motivó la suspension del pago de intereses, fué la poca habilidad con que dejó de sacarse partido de los bienes nacionales, á efecto de evitar la catástrofe.

Pero Mendizábal, si bien animado de los mejores deseos en favor del crédito, los sacrificaba inconscientemente á otro propósito que dominaba su ánimo por cima de toda otra consideracion. Temia el gran revolucionario verse reemplazado en el poder por los moderados adversarios de la expropiacion eclesiástica, y queria ante todo buscar sostenedores de sus medidas en los compradores de bienes nacionales. Para mejor atraerlos, dispuso aquel ministro que el pago de dichos bienes se verificase dando á dichos compradores diez años de plazo, dentro de los cuales entregarían al Estado, en vez de dinero, papel cuyo valor venia á ser el de 10 por 100, toda vez que

los plazos se pagaban dos terceras partes en consolidado cuya cotizacion fluctuaba por entónces de 12 á 14 por 100, y la otra tercera parte en deuda sin interés, cuyo precio no excedia de 4 á 5 por 100.

El resultado de semejante sistema era el de entregar bienes raíces que producian pingües rentas, por un precio que en realidad no excedia del 25 al 30 por 100 del valor intrínseco de dichos bienes; pues aunque supongamos que las subastas duplicasen ó triplicasen el precio de las tasaciones, la depreciacion del papel en que se hacia el pago disminuia la aparente ventaja, dando por resultado que en realidad los bienes que se enajenaron en 1836, 37 y 38, no produjesen al Estado por término medio un precio que exceda la elevacion que acabamos de fijar.

Los decretos de Mendizábal excitaron naturalmente la emulacion de los hombres acaudalados ó de temperamento más audaz, de los genios emprendedores, que vieron llegado el momento de enriquecerse pronto y á poca costa. Compréndese, pues, que los bienes de los frailes y de las monjas se vendiesen rápidamente y fuesen la dotacion del festín que en poco más de dos años entregó á los más aventurados y resueltos, 2.000 millones en bienes raíces, enajenados en cambio de 4.000 millones en papel que hubiera podido comprarse en el mercado con un desembolso de 700 millones, resultado este último que se habria obtenido, ya sea recibiendo en dinero el importe de los plazos, como más tarde se ha decretado, y habiendo empleado el producto en amortizar papel, ya sea no habiendo admitido el papel en pago de los bienes nacionales sino al precio á que se cotizaba en la Bolsa.

Hé aquí, pues, 2.000 millones desaparecidos rápidamente y regalados en cierto modo á los primeros compradores, sin beneficio alguno en favor del crédito, pues no supo evitarse la triste necesidad de suspender el pago de los intereses de la deuda exterior, cuyos tenedores no han cesado desde 1836 hasta 1851, en que se verificó el arreglo de la deuda del señor

Bravo Murillo, de lamentarse de que eran victimas de la mala fé de España, cuando en realidad sólo lo eran de nuestra ignorancia y estrechez de miras.

Más arriba hemos consignado que á consecuencia de haber sabido conservar el crédito de que gozaban nuestros fondos en 1834, sirviéndonos de él para levantar recursos con que hacer frente á las atenciones de la guerra civil, el gobierno se vió obligado á recurrir á los prestamistas indígenas, cuya codiciosa ayuda tan cara ha costado al país, pues no solamente al contratar la larga série de empréstitos y anticipos negociados durante la guerra civil, se daba á los prestamistas valores que representaban dos ó tres tantos más que lo que de ellos se recibia; sino que cuando más tarde hubo necesidad de desempeñar las rentas públicas hipotecadas á favor de los contratistas, fué necesario para contentar á éstos darles, como se les dió por el Sr. Mon en 1845, tres capitales por uno, á fin de que conviniesen en aceptar en pago de sus créditos, títulos del 3 por 100, y dejasen libres las contribuciones que les habian sido hipotecadas en garantía.

La conversion de los créditos de los contratistas en renta del 3 por 100, hizo subir á 4.000 millones el importe de las emisiones efectuadas hasta entónces en esta clase de papel, el cual debió su origen á una operacion, de la que no se sacó todo el partido que hubiera podido sacarse á efecto, para haber por su medio contenido el descrédito que durante tan larga série de años ha perseguido á nuestros fondos públicos en el extranjero.

Hé aquí cuál fué el origen de la creacion de la renta del 3 por 100. No habiendo Mendizábal podido, ó por mejor decir sabido, segun lo hemos hecho notar, atender en 1836 al pago del segundo semestre de la deuda extranjera, cúpole la mortificacion de que bajo su administracion se consumara la suspension del pago de los intereses; y ansioso de remediar un mal que deploraba, aconsejó al Sr. Gamboa, su sucesor en el Ministerio de Hacienda, que ofreciese á los tenedores de fondos españoles en el extranjero, la conversion en renta al

3 por 100 de los intereses vencidos y no pagados de la deuda activa reconocida por Toreno. La operacion fué perfectamente bien acogida en Lóndres, resultado que sugirió al Sr. Mon la idea de recurrir al 3 por 100 para la liquidacion de los créditos que la guerra civil habia dejado á cargo del Tesoro. Y no se concibe en verdad, cómo fué que los sucesores del señor Gamboa descuidasen de seguir la veta descubierta y que tan oportunamente trazaba el medio práctico de hacer diversion al descontento producido por la suspension del pago de los semestres, suspension prolongada durante diez años de irreparable menoscabo de nuestro crédito.

Recapitulemos ahora cuál hubiera podido ser la situacion de la Hacienda si se hubieran debidamente aprovechado los recursos que las nuevas reformas ponian á disposicion del país.

En 1836 la deuda pública de la nacion sólo ascendia á 7.000 millones de reales, á los que se hallaba afecta la obligacion de pago de interés, y á 6.000 millones en deuda sin interés. Sobre esta masa de créditos pasivos, la renta del 5 por 100, creacion Aguado, importaba..... 2.000 millones.

El reconocimiento de los empréstitos de las

Córtes efectuado en su totalidad como hu-

biera debido serlo, habria importado otros. 2.000 millones.

TOTAL..... 4.000 millones.

El remanente de la deuda consolidada valia en Bolsa en 1836 sobre 15 por 100, y la deuda pasiva interior no excedia del 5 por 100.

Varios eran los sistemas que habrian podido adoptarse para la liquidacion de esta deuda. La de la primera clase, esto es, la deuda que ganaba interés, podia ser consolidada por la tercera parte de su valor nominal, y ciertamente sus tenedores se habrian dado por muy satisfechos, adquiriendo valores negociables que gozasen interés pagadero en metálico, en vez de conservar un papel desacreditado y sin curso. La deuda sin interés, que valia al 5 por 100, era convertible con gran

provecho de sus poseedores al 15 por 100, esto es, dándoles dos tantos más de lo que valia.

Esta doble consolidacion hubiera costado al Estado un servicio anual de intereses que habria ascendido á. 110 millones; suma que reunida á la de los intereses de la deuda exterior en la forma que hemos consignado. 200 millones, constituia una carga anual para el Tesoro de... 310 millones.

Cubiertas de esta manera todas las atenciones de la deuda, habrian quedado como activo á disposicion del Estado y aplicables á objetos representativos, los 12.000 millones de reales á que se han elevado las apropiaciones procedentes del clero regular y secular, de obras pias, de Beneficencia, de Instruccion pública, y demás bienes que la desamortizacion ha puesto en manos del Estado.

El sistema que acabamos de exponer habria dado entera satisfaccion á las deudas contraidas por Fernando VII, del mismo modo que á las procedentes de los empréstitos de las Cortes; el Estado habria llenado sus compromisos, y el pago de los intereses se habria hallado asegurado en términos razonables y llevaderos.

Pero prevemos que se nos oponga la objecion de que el arreglo que acabamos de indicar relativamente á los 4.000 millones de deuda consolidada que devengaba interés, así como de los 6.000 millones de deuda sin interés, envolvía una reduccion forzada impuesta á los acreedores del Estado, cuando éste poseia en los bienes nacionales recursos suficientes para solventar sus deudas sin exigir de sus tenedores el sacrificio de las indicadas reducciones.

Conviene tener presente que no nos hemos encerrado en un sistema exclusivo de liquidacion de la deuda, habiendo, al contrario, expuesto la posibilidad de haber escogido entre diferentes combinaciones, la que hubiera parecido más equitativa y más práctica. En efecto; los que prefirieran recurrir á la amortizacion de la deuda por medio de la adjudicacion

de los bienes nacionales, habrían podido efectuarla con arreglo á bases más equitativas y ménos desastrosas de las que se han seguido. No era lógico, ni estrictamente arreglado á justicia, pretender que la existencia en el mercado de papel cotizado á precio infinitamente más bajo que la par, obligaba al gobierno á entregar á los tenedores de dicho papel bienes raíces por ménos de su valor efectivo. Al contrario; para obrar conforme á lo que reclamaba la verdad y el derecho, el papel entregado en pago de bienes nacionales no debió admitirse sino con arreglo al precio que dicho papel tenia en el mercado. Pero á todas luces, lo más conveniente habria sido vender los bienes á largos plazos, pagaderos en anualidades en metálico, cuyo importe se emplease en amortizar por medio de compras los 13.000 millones de deuda existente en 1836, y cuyo valor relativo no pasaba de 5 por 100 respecto á la deuda sin interés, y de 16 por 100 respecto á la consolidada.

No desconocemos que este sistema de amortizacion habria conducido á la subida del papel que el Estado se proponia amortizar, y que el rescate no habria podido terminarse con iguales ventajas que las que se obtuvieron al dar principio á la operacion; pero este inconveniente era mucho menor que el de haber dejado de proceder con igualdad y justicia, dando un empleo desacertado á los bienes nacionales y enriqueciendo desmesuradamente á los atrevidos especuladores, que en los primeros años de la guerra civil adquirieron, muy por bajo de su valor intrínseco, bienes raíces de muy pingües productos.

Cualquiera de estos sistemas que se hubiese seguido, habria hecho economizar, además de una buena mitad de los bienes nacionales dilapidados en los primeros años, los 9.000 millones que hemos demostrado habrian podido ahorrarse en los gastos é indemnizaciones de la guerra, á cuyas necesidades podria haberse ámpliamente provisto, sirviéndose oportunamente del robusto crédito de que gozaban los fondos españoles en 1835, y cuya alza detuvo el desastroso arreglo del señor conde de Toreno.

Por consecuencia de todos estos desaciertos, encontróse el Sr. Bravo Murillo, cuando en 1851 acometió el definitivo arreglo de la deuda, con que habia desaparecido la mayor parte del activo primitivamente destinado á cubrirla; y ante la necesidad de hacer frente á una masa de créditos que no bajaba de 26.000 millones, aquél entendido ministro partió de la base de que siendo evidente que la nacion no poseia suficientes medios para hacer plena y entera justicia á sus acreedores, debia por lo ménos probar que en los límites de lo posible estaba dispuesta á cumplir con ellos.

A este principio obedeció la ley de 30 de Julio de 1851, ley que no hay para qué nos detengamos en analizar, y respecto á la cual bastará observar dos cosas: la primera, que proponia á los tenedores de deuda consolidada del 5 por 100 la reduccion de este interés al de 3 por 100 en lo sucesivo; la segunda, que para llegar al pago por entero de este último rédito, se fijaba un plazo de diez y nueve años, durante los cuales la parte alícuota de dicho rédito se iria progresivamente aumentando de $\frac{1}{4}$ por 100 hasta completar el 3 por 100 ofrecido.

Pero no obstante el buen sentido práctico que distinguia á aquel ministro tuvo, ó por mejor decir, se dejó imponer por su colega el Sr. Bertran de Lis, la desgraciada idea de decretar una rebaja de 50 por 100 sobre el importe de los cupones vencidos de la deuda exterior, medida que ha sido el grande escollo de nuestro crédito durante diez y seis largos años, y el arsenal del que salieron las armas empleadas por los detractores de nuestro buen nombre en el extranjero.

Al presente la situacion económica de España, dibujada á grandes rasgos, puede reasumirse en los términos siguientes (1):

Los ingresos del Tesoro se valúan en 2.200 millones, carga

(1) Debe tenerse presente que el autor escribia en 1867, y sólo podia tener en cuenta los elementos que constituian la situacion política y financiera que precedió á la revolucion de Setiembre.

considerada como superior á lo que con holgura pueden pagar los contribuyentes. El presupuesto de gastos se calcula llegue á 2.600 millones, de cuya suma los intereses de la deuda absorben 800 millones, importe que muy en breve tendrá que ser sobrepujado, á consecuencia de la consolidación de la deuda pasiva exterior y de los cupones, obligaciones á las que es muy de temer tengan que seguirse nuevos empeños, hijos del injustificable sistema de recurrir á incessantes emisiones de títulos al ínfimo precio que nuestra renta alcanza en el mercado.

Teniendo presente dichas no exageradas previsiones, es presumible que los intereses de la deuda suban ántes de mucho á la suma de..... 1.200 millones (1).
A lo que añadiendo el importe del presupuesto de los diferentes servicios públicos votado para 1867..... 1.770 millones

se llega á la suma de..... 2.900 millones,
sacrificio que en sus actuales condiciones económicas es muy difícil pueda soportar el país.

El *déficit* anual de 800 millones que resulta como diferencia entre los ingresos y los gastos, se agrava todavía más por la existencia de una deuda flotante desproporcionada y por las responsabilidades impuestas por el pasivo, que representan las consignaciones de la Caja de Depósitos, y los que resultan de las pendientes subvenciones de ferro-carriles; situación en extremo peligrosa y comprometida, cuyo desenlace no podrá ser otro que el de una gran catástrofe financiera, si no se acude al radical remedio de que los ingresos ordinarios cubran los gastos corrientes, ó que éstos se reduzcan al nivel de las actuales fuerzas productivas de la nación.

(1) Las emisiones de títulos del 3 por 100 verificadas á consecuencia de los contratos posteriores á 1868, aumentan considerablemente el guarismo indicado por el autor; y sin detenernos á fijarlo matemáticamente, no será aventurado evaluar que por el camino que lleva nuestra Hacienda, ántes de finalizar el año de 1871 los intereses de la deuda se aproximen á 1.500 millones ánnuos.

El primero de estos dos medios, el de aumentar los ingresos, no puede ser improvisado. Para apresurar el desarrollo de la riqueza pública, se necesita la cooperacion de capital acumulado; y como han sido disipados los que pertenecian al Estado y que hubieran debido tenerse en reserva para ayudar el movimiento y los trabajos de la agricultura y de la industria, el porvenir de estas fuentes de toda prosperidad, y en el que se cifra la esperanza de conjurar la presente penuria y las crecientes necesidades del Tesoro, sólo podrá encontrar seguras bases cuando dejemos de tener gobiernos reaccionarios ó situaciones violentas, que alejan la confianza y paralizan los pacíficos y sostenidos progresos del trabajo nacional.

Para reparar las funestas consecuencias de la imprevision de sus hombres de Estado y las de las faltas capitales de sus hacendistas; para restablecer su crédito; para pedir á la energía del trabajo la recompensa de los esfuerzos de sus habitantes y el medio de recuperar el puesto que le corresponde entre las familias humanas, España está obligada á dar al mundo un grande ejemplo de virtud; debe literalmente poner á *pan y agua* todo su estado mayor gubernativo, á todas sus clases improductivas. Se necesita que el gobierno sea bastante fuerte y bastante popular para no tener que recurrir á medios artificiales que lo sostengan. La lista civil, los empleados, el presupuesto eclesiástico, son capítulos en los que pueden hacerse reformas que alcancen al guarismo de economías á que es preciso conformarse, hasta que el aumento natural de los ingresos permita restablecer, ó tal vez exceder, las dotaciones actuales.

La lista civil es susceptible de una reduccion, á la que no asignaremos un límite, que ántes que á nadie corresponde fijar á la elevacion de sentimientos y al patriotismo de la dinastía. Las reformas administrativas pueden soportar sin inconveniente una reduccion de 50 á 60 millones. El presupuesto del Ministerio de la Guerra admite tambien considerable rebaja, sin perjuicio del servicio público, siempre que

se cuide de conservar las armas especiales, que se aumente la Guardia civil, y que se adopte una organizacion militar análoga á la de Prusia, y á la que se adapta admirablemente nuestra antiquísima institucion de las Milicias provinciales, vigorizado que fuese dicho sistema, mediante la adopcion de lo que requieren los adelantos de la ciencia moderna.

Respecto al presupuesto del clero, nos atrevemos á indicar una idea que á la vez responda á lo que equivaldria para el clero á una medida de reparacion, y daria al mismo tiempo el importantísimo resultado de efectuar un definitivo saldo de cuentas entre la Iglesia y el Estado.

El patrimonio eclesiástico se componia de dos elementos distintos, á saber: el diezmo y los bienes raíces y pertenencias de ambos cleros. El diezmo, como lo hemos demostrado en una obra especial (1), no era otra cosa sino una parte alícuota de la renta de la tierra que la piedad de nuestros mayores adjudicó á la Iglesia; era un tributo que el Estado se habia impuesto voluntariamente. Por el contrario, el patrimonio eclesiástico constituia una propiedad cuya incorporacion al Estado imponia á éste la obligacion de indemnizar á la Iglesia. Fácil es justipreciar lo que producian en renta en 1836 los bienes del clero regular, y en 1841 los del clero secular. No creemos alejarnos sensiblemente de la verdad, fijando en 50 á 60 millones de reales la renta *anua* que los frailes y las monjas sacaban de sus propiedades. Los rendimientos que al clero secular daban sus inmuebles y censos, no llegaban á 30 millones de reales.

No es, pues, dudoso que afectando 80 ó cuando más 90 millones en renta del 3 por 100 á la indemnizacion del clero, la Iglesia se veria equitativamente resarcida de lo que llama un despojo. Nada tendria en justicia que reclamar del Estado, el que sin inconveniente podria dejar á la Iglesia en libertad de recibir de los fieles prestaciones en especie ó en dinero, con-

(1) Véase la titulada *Principios de Economía Política*, por D. Andrés Borrego. Apéndice. Nota núm. 1.—Madrid, 1854.

servando aquél su derecho respecto á autorizar las donaciones en inmueble ó por *fideicomiso*. El dia en que semejante arreglo llegase á tener efecto, la Iglesia se consideraria como libre, al mismo tiempo que el Estado dejaria de estar en la necesidad de asalariar á los sacerdotes, restituidos á la condicion de médicos de las almas, y que en calidad de tales se verian voluntariamente sostenidos por los fieles, cuya conciencia dirigen.

Las indicadas reformas darian por resultado la buscada economía de 500 millones, cuando ménos, dejando al Estado en disposicion de proveer cumplidamente á las atenciones de la deuda, de la administracion, del ejército, de la marina y de la instruccion pública, así como á las obras extraordinarias que requiere el cambio de las condiciones climatológicas de nuestro suelo, á la repoblacion de los montes, á la fertilizacion de las extensas estepas cuya esterilidad, causada por la secular y sistemática destruccion del arbolado, constituye uno de los más serios obstáculos que se oponen al próspero desarrollo de la agricultura.

Mas si los españoles, ya que por desgracia no son aptos como lo fueron los ingleses á fines del siglo anterior y á principios del actual, y como lo están siendo en nuestros dias los norteamericanos, quienes han sabido, tanto unos como otros, recurrir á casi ilimitadas emisiones de papel-moneda, creado no ya tan sólo para atender á las atenciones del Tesoro, sino para ser empleado por los particulares en trabajos útiles, en obras reproductivas, que han dado con qué redimir más tarde las creaciones de papel, ó en otros términos, que han hecho servir este papel para crear productos y acumular capitales; si esto, decíamos, que supieron hacer los ingleses desmintiendo los pronósticos de Napoleon I, sobre que la forzosa circulacion de sus billetes de Banco arruinaria á Inglaterra, y que están desmintiendo los americanos, á quienes tambien se predijó que la creacion de sus 3.000 millones de duros de papel-moneda los conduciria á una inevitable bancarota; si, repetimos, no son por desgracia los españoles capaces de hacer

otro tanto, pues cuando en España se usan los medios de crédito es para gastar lo que con ellos se adquiere, en vez de emplearlo en crear productos y aumentar la riqueza pública; en tal caso, decíamos, no quedaria otro racional remedio contra la catástrofe que se viene encima, sino el de acometer resuelta y virilmente la empresa de poner á *pan y agua* á cuantos viven del Tesoro, severidad que, léjos de ser permanentemente contraria á los intereses de los penitenciados, seria el camino que más derecha y brevemente conduciría á llegar á la época de desahogo, en la que podrán resarcirse y aun compensarse los sacrificios impuestos por la necesidad.

Mas si ante semejante dolorosísima pero saludable amputacion decae el ánimo público, si no hay conciencia ni valor para someterse al tratamiento, la enfermedad no tendrá cura, porque se habrá renunciado á devolver al organismo económico de la nacion la vitalidad, sin la cual no podrá hacer uso de sus fuerzas productivas.

La Hacienda de España se halla hundida en el abismo, no por otra causa que por la de haber sido arrojados en cierto modo por la ventana los recursos del país, cuyos bienes se han enajenado, no ya al mejor postor, sino á los más hábiles manipulantes. Tales excesos, tales pecados arrastran consigo la forzosa expiacion de sujetarse á las privaciones y á los sacrificios que únicamente podrán conducir á nuestra ulterior redencion, á la recuperacion de la pasada abundancia y holgura, al restablecimiento de nuestro crédito, á poder, en fin, en un término no muy lejano, presentarnos justamente satisfechos de nosotros mismos, y con la cabeza erguida entre las naciones cultas, ante las cuales ha cabido á España en los últimos tiempos hacer tan triste figura.

SECUELA

Á LA SUCINTA Y VERÍDICA HISTORIA

DE LA HACIENDA DE ESPAÑA.

I.

La precedente reseña de la historia de nuestra Hacienda, pone claramente de manifiesto las determinadas y explícitas causas que han cambiado la prosperidad rentística de que debería gozar España, en el abismo sin fondo en que han venido á caer las esperanzas concebidas al consumarse las reformas económicas de la revolucion, reformas que prometian haber sustituido á las miserias y penurias del antiguo régimen, las prosperidades, el desahogo y el crédito de que gozan las naciones cuyos pasos y adelantos en la carrera de la civilizacion nos hemos propuesto seguir.

No fué, sin embargo, nuestro ánimo al resumir en breves y *condensadas* páginas el conjunto de los desaciertos que en materia de Hacienda es tradicional vengán cometiéndose en España desde los más remotos tiempos de la monarquía, exagerar el cuadro de nuestras dolencias económicas, ni ménos negar las ventajosas consecuencias que para la riqueza pública ha tenido la desamortizacion tal cual se ha llevado á efecto; pues si bien es cierto que no han seguido los mejores métodos al efectuarla, no por eso es ménos evidente que la produccion se ha aumentado, y acrecentádose considerablemente con ella la capacidad imponible del país.

Semejante resultado no subsana, sin embargo, la lesion su-

frida por el Estado al disponer del patrimonio público de la manera que se ha hecho, toda vez que hemos demostrado que la desamortizacion podria haberse llevado á efecto reduciendo la deuda pública en mayores proporciones que se ha verificado, y que áun podria haberse obtenido un sobrante aplicable á obras y objetos reproductivos.

Respecto á la exactitud de los guarismos que figuran en nuestra breve historia y que señalan la cuantía de los bienes nacionales de que ha dispuesto la desamortizacion, así como respecto á la importancia que tenia la deuda en 1836 y años posteriores hasta que se verificó su arreglo, como igualmente á los demás cálculos consignados en aquel escrito, relativamente al partido que pudo sacarse del activo que la revolucion trajo á manos del Estado, iremos al encuentro de cualquier objecion que pueda oponerse á dichos guarismos, observando que, aunque escribimos léjos de España y sin datos oficiales que poder consultar, estamos seguros de no habernos apartado de la verdad en el fondo de nuestras apreciaciones y cálculos.

La deuda consolidada ascendia realmente en 1836 á la suma en que la estimamos; y en cuanto al valor de los bienes nacionales, las rectificaciones que pueden hacerse á nuestros asertos jamás alterarán estos dos hechos capitales, sobre los que estriban nuestros juicios, á saber; que vendida que hubiere sido la masa de dichos bienes á plazo de veinte años, como lo fueron los de menor cuantía, é invertido que hubiérase su producto en amortizar papel, se habria extinguido la deuda existente en 1836, y resultado un sobrante aplicable á objetos de utilidad pública. El otro hecho no ménos evidente es el de que el Estado ha enajenado la totalidad de un activo que habria bastado á extinguir la deuda pública entónces existente, y tiene hoy sobre sí una nueva deuda tres veces mayor que la que resultó ser el legado de nuestra historia desde los tiempos más remotos.

Con tales hechos á la vista, seria pueril entrar en controversia de números sobre millon más ó ménos. Nuestra reseña

no se dirigia á presentar el cuadro de la liquidacion de la deuda; llevaba otro objeto más concreto y más importante: el de proceder á un exámen de *conciencia nacional*, respecto al uso hecho de la fortuna pública, y el de darnos cuenta de la naturaleza y extension de la dolencia que aqueja á la Hacienda, objetivos éstos que creemos haber llenado por medio de aquel trabajo, sin que nos arredre el temor de que invaliden nuestras deducciones minuciosas, críticas de guarismos cuya retificacion en nada alteraria lo que se desprende de hechos cuya evidencia á nadie puede ocultarse.

Mas no constituye la parte más gravosa y perjudicial de nuestra actual situacion económica, el que se haya dispuesto con desacierto y precipitacion de la inmensa masa de bienes nacionales, de los que tan ventajoso partido pudo haberse sacado. Lo más sensible y doloroso de semejante situacion, consiste en no haber salvado nuestro crédito despues de los grandes sacrificios hechos para constituirlo y levantarlo; consiste en haber consentido que apareciésemos en estado de bancarota á los ojos del mundo, desde 1835 en que se restableció el régimen constitucional, hasta 1851 en que se acometió el arreglo de la deuda, período, sin embargo, coetáneo con la apropiacion de los bienes del clero y de las corporaciones civiles, bienes cuya posesion debió suministrar medios abundantes con que haber evitado la supension de pago de intereses que preparó la administracion del conde de Toreno y consumó la de Mendizábal.

Y como si no hubieran sido bastantes tales desaciertos, incurrióse al votar la ley de Julio de 1851, ley cuyo principal objeto fué el del restablecimiento del crédito, en la aberracion de haber suprimido la mitad del capital de los cupones, dando con ello ocasion y pretexto para que durante diez y seis años haya sido representada España como defraudadora y tramposa ante el universo, acusacion que por más que fuese injusta, pues sólo hubo imprevision y desacierto y no mala fé, nos tuvo cerrados durante dicho largo espacio de tiempo todas las Bolsas de Europa, é hizo estéril para nuestro



crédito la regularidad con que se han venido pagando los intereses de la deuda.

A este propósito, lícito debe ser al autor del presente escrito, recordar que al discutirse la ley del arreglo de la deuda en Julio de 1851, manifestó desde su asiento en el Congreso en los términos más explícitos, que el objeto que las Cortes se proponían al votar aquella ley, el de restablecer el crédito de España en el extranjero, quedaria enteramente frustrado si se consumaba el propósito de imponer á los tenedores de títulos del 5 por 100, reducido á 3, el sacrificio de la mitad del importe de los cupones vencidos y no pagados. Aquella advertencia, como otras infinitas dirigidas por el autor á sus conciudadanos en diferentes notables épocas de nuestra historia contemporánea, no fué escuchada, pero la experiencia se ha encargado más tarde de darle la razon acreditando sus predicciones, en cuyo caso se encuentra la tardía medida de reparacion, adoptada diez y siete años despues respecto á los cupones.

Podríamos, sin embargo, darnos por contentos si los desaciertos económicos y rentísticos bajo cuyo peso nos estamos debatiendo, se hubiesen limitado á las épocas y á los hechos que hemos señalado. A costa de nuestro buen nombre, de nuestra reputacion de solvencia y del ya consumado sacrificio de la mayor parte de los bienes nacionales, lógrase al fin por medio de la ley de 1851 reducir la carga del país en el concepto de intereses de la deuda pública á la suma de 400 millones anuales aproximadamente, llegado que hubiese sido el plazo de diez y nueve años, fijado por dicha ley, para que los títulos del 3 por 100 entrasen á gozar la totalidad de sus réditos. De entónces acá no ha tenido la nacion que atender ni al remedio de grandes calamidades públicas, ni que proveer al pago de subsidios á naciones extranjeras, como acontece actualmente á la Francia, ni que sostener costosas guerras, puesto que las tres en que nos hemos visto empeñados en los últimos años, á saber, la de Marruecos, la de Santo Domingo y la del Pacífico, no nos han costado sacrificios pecuniarios

proporcionados al aumento que desde 1851 ha tenido la deuda pública. En efecto; la indemnización obtenida de los marroquíes, ha compensado los dispendios de nuestra campaña africana. La guerra de Santo Domingo la sostuvieron en su mayor parte las cajas de la Habana; y el costo de la contienda con las repúblicas del Pacífico, si no lo subsanó la indemnización suscrita por el Perú, bajo el gobierno del general Pezet, no ha venido á aumentar considerablemente el capital de nuestra deuda pública.

Sin embargo, en los veinte años transcurridos desde 1851, los intereses de la misma han subido desde 400 millones á que se elevaba el guarismo de las obligaciones contraídas por dicha ley, hasta la suma de 1.250 millones anuales, que en la actualidad representan los intereses de esta misma deuda.

II.

El aumento que han tenido las contribuciones, no obstante las ocultaciones que de la riqueza imponible puedan hacerse, á consecuencia de la imperfección de los datos estadísticos que sirven para el repartimiento de las cargas públicas, han subido á todo lo que pueden sobrellevar en la actualidad las fuerzas productivas de la nación. El limitado desarrollo de nuestra industria, la relativa corta extensión de nuestro comercio, motivan que no puedan los ingresos pedir á las aduanas ni á los consumos, rendimientos proporcionales á los que en estos ramos se obtienen en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia y otros países. La agricultura es la que sobrelleva en España el peso de las contribuciones, y nadie podría sostener la posibilidad de aumentar las cargas que pesan sobre la tierra.

De todos modos, y aunque debamos razonablemente contar con un aumento progresivo en los ingresos del Erario, por efecto del natural desarrollo de las fuerzas productivas

del país, sobre todo si se conserva el orden público y sabemos evitar nuevas revoluciones y trastornos, semejante aumento no puede ser sino progresivo y lento, y no nos hallamos seguramente en la situación en que se encuentran las naciones que, como acaba de suceder á la Francia, pueden buscar en sus ahorros y en su capital acumulado el medio de proveer á grandes necesidades públicas, así como en la importancia de su producción normal encuentran la facilidad de aumentar las contribuciones.

Esto no podría hacerse en España sin herir de muerte la vitalidad económica del país. Todo el mundo lo reconoce así, y de ello se han hecho eco las Cortes y el gobierno, poniendo resueltamente mano á contrarestar la cuantía de los gastos públicos, cuyo límite se aspira á reducir á la suma de 1.200 millones de reales.

Grandes son los sacrificios que hay que imponerse para que los gastos no suban del indicado guarismo, sobre todo procediéndose por vía de simples supresiones, las que naturalmente habrán de lastimar los servicios, ó pesar duramente sobre el personal; pero aunque se consiga montar la administración bajo el pié de estricta economía que la opinión pública reclama, bastará para convencernos de cuán precaria y peligrosa es la situación de nuestra Hacienda, considerar por una parte que, como acabamos de observar, no pueden aumentarse las contribuciones; y por otra, que más de la mitad del presupuesto de ingresos se lo llevan los intereses de la deuda pública.

¿Qué sería en semejante estado de cosas de nuestro crédito y de nuestro Erario, si sobreviniera una de aquellas contingencias á que siempre se hallan expuestas las naciones; una guerra extranjera, una contienda civil prolongada, la necesidad de un tratado de subsidios ó la de proveer á alguna otra grande urgencia nacional? ¿Cómo atender entónces al indispensable aumento de gastos que cualquiera de estas contingencias traeria consigo?

¡Difícilísimo si no imposible sería en tales casos pedir al cré-

dito recursos de alguna consideracion; y no solamente lo seria en razon á lo onerosísimo que es contraer empréstitos al bajo tipo al que se hallan nuestros fondos, sino tambien en razon á la dificultad de encontrar quien prestase á una nacion que aumenta indefinidamente su deuda sin contar con rendimientos suficientes para asegurar el pago de los intereses, temor que siendo ya en gran parte la causa de que los fondos españoles no se levanten á su natural precio, se acrecentaria en términos que se nos cerrasen todos los mercados al menor amago de inseguridad respecto al servicio de los dividendos; ¿ni cómo podria este servicio dejar de verse comprometido ante un aumento imprevisto de gastos, ante la imposibilidad de acrecentar las contribuciones y ante la postracion del crédito?

El triste y lamentable escollo en que se estrella la sagacidad de nuestros hacendistas, nace de habernos acostumbrado á mirar con sangre fria, á repetir como operaciones ordinarias el negociar títulos del 3 por 100 interior á 25 y del exterior á 31, y á contratar adelantos al agio de 13 ó 15 por 100; y esto no por una vez ni para salir de un apuro, sino como arbitrio usual y corriente para colmar la série de *déficits* anuales en que casi sin interrupcion venimos incurriendo desde 1851.

De esta manera se ha creado el aumento de 14 ó 15.000 millones de reales que ha tenido el capital de la deuda pública desde la indicada fecha, y que vienen costando sobre 800 millones de reales ánnuos de réditos, sobre los 400 á que se calculó excederia todo el gravámen de dicha deuda al verificarse el arreglo en tiempo del Sr. Bravo Murillo.

Por semejante camino no puede irse sino al abismo, el que no podrá evitarse sino por uno ú otro de los dos medios señalados en el final de nuestra precedente breve historia de la Hacienda de España, á saber, el aumento de los ingresos ó la reduccion de los gastos.

Pero ambos medios tienen sus naturales límites. El incremento de las rentas públicas exige tiempo. La reduccion de

gastos, en la forma que hasta ahora se ha intentado efectuarla, no puede alcanzar hasta donde se hace indispensable para que la reforma de la Hacienda sea completa, y pueda conducir á una restauracion permanente y sólida de la misma, restauracion capaz de asegurar su estabilidad en lo venidero, y con ella la consolidacion del crédito nacional.

III.

¿Dónde habrá de buscarse el oportuno remedio al mal que nos aqueja, en qué temperamento encontrar medios adecuados á la gravedad de una situacion insostenible y de la que es forzoso salir á toda costa?

Hemos acometido la redaccion del presente apéndice movidos por el deseo de demostrar la manera de llevar á efecto, por medios racionales y prácticos, la fórmula aparentemente excéntrica consignada en nuestra precedente historia, y á la que atribuimos la virtud de producir la reduccion de la Hacienda de España.

Hasta cierto punto coincide dicha fórmula con el principio que el gabinete del Sr. Ruiz Zorrilla sentó como principio rector de nuestro Erario.

Su programa ministerial proclamó el dogma de las economías. La fórmula consignada en nuestra historia impone el duro precepto de poner á *pan y agua* á cuantos viven del Tesoro.

Á primera vista, el medio iniciado por aquel gabinete parece práctico y conveniente, al paso que el precepto por nosotros recomendado será calificado como una vaga utopia y absurda generalidad.

Correspóndenos probar que el objetivo económico asentado por el Sr. Ruiz Zorrilla, si bien exacto en principio, no puede conducir á resultados satisfactorios y suficientes únicamente por medio de la supresion de sueldos, en cuanto los destinos

á que con ellos se atendia puedan ser reclamados por el interés del servicio, y tambien aspiramos á elevar al grado de completa demostracion que la inteligencia y la aplicacion del principio de las economías reside toda entera en acertar á llevar á cabo en términos racionales nuestra excéntrica proposicion de reducir temporalmente á *pan y agua* á los servidores del Estado.

Harto conocidos son ya los sacrificios y lamentos que cuesta el reducir el presupuesto de gastos á la decretada suma de 1.200 millones. El gobierno que está practicando las economías, sabe mejor que nadie lo doloroso que es efectuarlas y hasta qué punto los servicios públicos quedan menoscabados, teniendo que encerrar en un lecho de Procusto las dependencias del Estado. Mas ¿bastarian acaso las economías efectuadas y las mayores que aún se hicieran, forzando hasta la impiedad el principio de las cesantías para conseguir el completo desahogo del Tesoro público y obtener, mediante un excedente de ingresos sobre los gastos, la seguridad de vernos exentos de la necesidad de recurrir á nuevos ruinosos empréstitos? ¿De qué servirá reducir los empleados á la miseria, y á la penuria el material de los servicios públicos, ínterin no pueda disminuirse ni de un céntimo los 1.200 y más millones de reales que representan los intereses de la deuda?

¿Y cómo se ha creado esta deuda? ¿Representa ella acaso las sagradas obligaciones legadas á la generacion presente por las generaciones pasadas, de las que heredamos el inmenso activo disipado en pocos años? ¿Representa acaso la deuda íntegramente, los juros, los vales reales, las prestaciones levantadas durante la guerra de la Independencia y la civil? ¿Representa siquiera en su totalidad el importe de los primeros empréstitos constitucionales de 1820?

Todas estas sacrosantas deudas que pesaban sobre el honor y la buena fé de los españoles, han sufrido supresiones, mutilaciones y repudiaciones que han reducido á muy poco ó casi á la nada el capital de los primitivos imponentes. Los

que mejor tratados han sido entre estas deudas, sufrieron en 1851 una reduccion de interés del 5 al 3 por 100.

El resumen de todas estas deudas seculares, representa en el presupuesto una masa de réditos que no excede de 400 millones anuales; los restantes 800 millones los absorben los intereses de los empréstitos y negociaciones consumadas desde 1851 hasta la fecha, operaciones en las que el Estado ha reconocido un capital de ciento y obligádose á pagar un interés de 3 por 100 por ingresos que no han escedido del 23 al 40 por 100.

Nada tan distante de nuestro ánimo al expresarnos en estos términos, como el insinuar que esta última clase de deuda no sea tan sagrada como las contraídas en épocas más remotas. El medio de las repudiaciones y de las reducciones forzadas impuestas á los acreedores del Estado, es un medio violento, injusto, inmoral que rechaza la conciencia pública, y al que sin ignominia y perdicion no podria recurrir España, despues de la larga série de menoscabos y de córtes de cuentas por que ha hecho pasar á sus acreedores.

Pero si no puede ser cuestion ni de imponer reducciones, ni de sujetar á contribucion á nuestros acreedores, no deja por eso de ser evidente que los especuladores que durante los últimos veinte años se han interesado en los empréstitos en ellos contraídos, han adquirido por un desembolso que no ha excedido del 25 al 40 por 100, un papel que les está produciendo 9 y 10 por 100 de interés, granjería de la que deben estar maravillados á la par que encantados los que de ella benefician, pero granjería que sólo se sostiene y se explica en razon á la duda con que se mira la capacidad de la nacion para seguir pagando con regularidad los réditos de la deuda. El dia en que desapareciera semejante duda, nuestros fondos subirian al precio natural de 60, que es por lo más bajo el que corresponde á un papel que gana 3 por 100 de réditos puntualmente pagados.

Mas no es posible que se establezca la confianza inspirada por la seguridad de dicho pago, ínterin no se vea que no ce-

samos de acudir á nuevas emisiones á precios que obligan á reconocer tres capitales por uno, interin que la aproximacion de cada semestre pone á nuestros ministros de Hacienda en la necesidad de recurrir á costosísimas negociaciones de anticipo, interin no se sepa que el presupuesto de gastos, juntamente con los intereses de la deuda, se cubren con los ingresos naturales de las rentas públicas, sin tener que apelar constantemente á un aumento de la misma deuda, que ni corresponde á necesidades que lo justifiquen, ni ménos á las fuerzas productivas de la nacion.

¿Mas cómo llegar á la solucion del problema? ¿Cuál será la manera de conseguir el desahogo del Erario, en términos que arresten el justo temor de una suspension de pagos, peligro que siempre amenaza á un Estado cuyas obligaciones superan sus naturales recursos?

IV.

Se ha levantado y con razon la voz de economías; pero ya hemos hecho observar que reguladas éstas sólo por el principio de la supresion de destinos, no se obtienen, ni áun á costa del interés del servicio, resultados suficientes á cambiar las desfavorables condiciones de nuestra Hacienda. El remedio de ésta exige que se aproveche del bajo precio á que se hallan nuestros fondos para redimir buena parte de la deuda por medio de una amortizacion efectiva, esto es, comprando en los mercados títulos del 3 por 100 por cuenta del Estado, á fin de ir progresiva y asiduamente aminorando la carga de los intereses.

Pero semejante sistema supone un excedente en los ingresos sobre los gastos, pues nada significaria tratar de amortizar con dinero levantado al interés que nos cuestan nuestros empréstitos. Amortizar con capital prestado es una mera farsa, una ficcion ridícula que repudian hoy todos los gobiernos,

así como todos los economistas ilustrados. El poder de la amortizacion sólo es efectivo cuando se provee á ella con excedentes de rentas.

No necesitamos detenernos á probar qué vano fuera buscar semejante excedente en la suma total de economías realizadas por medio de cesantías y la rebaja de sueldos, ó lo que es lo mismo, por medio de retenciones impuestas á los empleados. Tales economías podrán á duras penas dar por resultado nivelar el presupuesto, ínterin estemos en paz y nada venga á perturbar el estado normal del país, pero no darán los sobrantes que son necesarios para conseguir el remedio de la Hacienda. Se necesita ir, dentro de los límites de lo racional y de lo posible, mucho más allá, y aquí entramos en la aplicación del medio por nosotros indicado de buscar en la *penitencia* y el *ayuno* el restablecimiento de las fuerzas económicas de la nación.

Pero este ayuno á *pan* y *agua* de que hemos hablado, sería fecundo para el país y costaría ménos sacrificios á los empleados que vendrán á costarles las cesantías que se están decretando, y que las retenciones de un elevado tanto por ciento que se asegura figurará en los nuevos presupuestos. El alto funcionario á quien se rebaje 20 ó 25 por 100 de su haber, no podrá mantener á su familia con el decoro correspondiente á su clase; y los de inferior categoría, si se ven sujetos á un descuento de 10 á 15 por ciento, carecerán muchos de ellos de lo necesario; ninguna compensacion se les ofrece por el doloroso sacrificio que se les pide. No se enriquecerá seguramente el país con las privaciones á que se verán sujetos los empleados, ni la Hacienda se levantará con que la podadera de las cesantías reduzca millares de familias á la miseria.

Á muy distinto resultado conduciría nuestro proyecto del *pan* y *agua*, entendido y aplicado de la manera que vamos á explicar.

Dividiríase al efecto el presupuesto de gastos en dos secciones.

Comprenderia la primera :

El material necesario para que no sufra menoscabo la efectividad de los diferentes ramos del servicio.

El haber del ejército activo y la reserva.

El de la marina.

El de la guardia civil.

El de los carabineros.

El de policía.

Estos servicios, preferentes por ser los que constituyen la seguridad de la nacion, su reposo y el mantenimiento del orden público, conservarían la integridad de sus dotaciones, las que continuarían siendo cubiertas en efectivo.

La segunda seccion comprenderia los haberes de todas las demás clases de servidores del Estado.

Los individuos á ellas pertenecientes se clasificarían para los efectos de las disposiciones de que vamos á ocuparnos, en categorías correspondientes á las que rigen á las diferentes carreras civil, eclesiástica y judicial, inclusa la clase de retirados, jubilados y cesantes.

Á cada clase se señalaría el haber mínimo suficiente para que sus individuos se procuren las raciones de pan, vino, carne, menestra y demás alimentos necesarios para el sustento de sus familias. Dichas raciones podrían ser suministradas en especie ó en dinero; y su importe, juntamente con una suma proporcional á los sueldos, y destinada á alquiler de casa, compondría el haber que cada individuo percibiría en metálico por espacio de diez años. El resto hasta el completo de los sueldos afectos á cada clase, sería acreditado sin rebaja alguna á los individuos de las mismas, á fin de serles satisfecho su importe de la manera que se dirá más adelante.

Á fin de que mejor se comprenda cómo entendemos los efectos de dicha medida, aduciremos el ejemplo de un empleado de la primera categoría, un Regente de Audiencia, un Consejero de Estado, un Gobernador de provincia.

Disfrutarían los individuos de dichas clases las mismas raciones que se dan á un Mariscal de campo en campaña, y

además de un haber suficiente para atender á los menudos gastos de una familia de cinco á seis personas y tres criados, inclusa una asignacion para alquiler de casa.

Las demás clases serian tratadas en términos análogos, debiendo procederse en la fijacion de asignaciones alimenticias, por el principio de asegurar la precisa subsistencia de los empleados, consignándoles las cantidades suficientes al efecto, y reservándoles el resto de sus sueldos para ser capitalizado en la forma que se dirá.

V.

Quizás hemos exagerado la entidad del temporal sacrificio pedido á los buenos servidores del Estado, llamados á restaurar el crédito de éste y á labrar ellos mismos su propia ventura.

Hemos dicho que para alcanzar este doble objeto se requeria poner á *pan* y *agua* á cuantos viven del presupuesto, y acabamos de indicar la manera práctica de efectuarlo sin necesidad de usar al efecto de demasiado rigor. Pero no habria probablemente que llegar á los límites que acabamos de señalar en punto á imponer privaciones á los empleados.

El sobrante anual necesario para fundar el sistema restaurador de la Hacienda y del crédito, bastará que ascienda á la suma de 300 millones de reales, la cual puede obtenerse sin necesidad de proceder á los extremos de hacer estrictamente efectivo el apercibimiento del *pan* y *agua* que envuelve nuestra conminacion.

En efecto; aun dejando intactos los presupuestos de Guerra, de Marina, de Carabineros y de Policía, no tocando al de la Casa Real sino en los términos que S. M. mismo tuviese á bien señalar, ni cercenando tampoco el presupuesto de Estado, porque sus atenciones afectan el decoro del país ante las naciones extranjeras, sobre los restantes 800 millones á que sube el presupuesto de gastos, muy cómodamente pueden

sacarse los indicados 300 millones de los sueldos afectos á las carreras civiles, eclesiásticas, cesantes, pensionistas y cuantas clases cobran del Tesoro, despues de haber abundantemente provisto á la subsistencia de los individuos en la forma que dejamos expuesta; retencion la de los antedichos 300 millones con la que nada se quita definitivamente á los empleados, al clero ni á los cesantes y retirados, puesto que ha de serles abonada cumplidamente dicha retencion, mientras que por el usitado método de un descuento sin compensacion se perjudica considerablemente á cuantos viven del Tesoro público.

La referida retencion dejaria disponibles dichos 300 millones, los cuales deberian ser anualmente empleados en amortizar la deuda por medio de compra de títulos del 3 por 100 en los mercados de Europa, amortizacion cuya poderosa accion muy fácil es de calcular los favorables resultados que produciria en favor del crédito y la rápida subida que tendrian nuestros fondos. Esta seria la verdadera y eficaz manera de que las economías, de las que se espera el restablecimiento de nuestro crédito, lo realizasen sin fantasmagoría y con fruto.

Mas la razon y la equidad se oponen á que el país imponga á sus servidores las privaciones á que tendria que sujetarlos para arbitrar un sobrante aplicable á la amortizacion de la deuda, operacion que derechamente conduciria á enriquecer á los tenedores de títulos del 3 por 100, tanto exterior como interior, quienes habiendo adquirido el papel á bajo precio, encontrarian su posicion fabulosamente mejorada sin haber contribuido en nada para conseguirlo.

VI.

Aquí será oportuno hacernos cargo del objetivo á que se dirigian las observaciones que anteriormente hemos consig-

nado, sobre la granjería de que disfrutaban los tenedores de títulos del 3 por 100, y del peligro en que se encuentran de una perturbacion en el percibo de sus dividendos, ínterin la situacion de nuestra Hacienda se mantenga flaca, y no haya permanente seguridad de que los intereses puedan continuar pagándose con desahogo.

Pero mostrándose dispuesta la nacion española al sacrificio que acabamos de indicar, consignando 300 millones de reales anuales á la amortizacion, suma que sólo puede obtener imponiéndose el *ayuno* y la *penitencia* de que dejamos hecho mérito, bien puede dejarse á la libre voluntad de los tenedores de títulos del 3 por 100 el que contribuyan ó dejen de contribuir á engrosar el fondo de amortizacion destinado á desahogar la Hacienda de España y á aumentar por medio de la subida de nuestros fondos la fortuna de nuestros acreedores.

Nada de coercitivo habria en hacer entender á los tenedores de títulos del 3 por 100 de dentro y fuera de España, que se les invite á *contribuir libremente* á un plan de redencion de la deuda, igualmente ventajoso para ellos y para la nacion. El pensamiento de ponernos á *pan y agua* para asegurar la restauracion de la Hacienda, deberia ser formulado únicamente como un deseo, como una propuesta, como un proyecto de convenio mútuo, que las Bolsas podrán acoger ó declinar á su conveniencia.

En este último caso, téngase empero entendido por todo el mundo, que á nadie tendrian que quejarse los acreedores del Estado, ínterin subsista la inseguridad que respecto al pago de los intereses crea el precario estado de nuestra Hacienda; inseguridad principalmente nacida y alimentada por las exageradas emisiones de títulos á bajo precio, emisiones que han hecho subir los réditos de la deuda á un guarismo exorbitante y puesto á los tenedores de títulos en posesion de adquirir á condiciones usurarias los derechos que poseen.

Permaneciendo las cosas en la situacion en que se encuentran, esto es, declinando los acreedores de la nacion venir á un arreglo equitativo, en el que nada perderian en suma, como

vamos á demostrar, no habria para qué el país se impusiese sacrificios extraordinarios á fin de mejorar la suerte de los tenedores de títulos, dándoles mayores garantías de las que actualmente tienen. Deberán continuar pagándose con regularidad los intereses de la deuda ínterin pueda buenamente hacerse; pero si sobreviniesen calamidades públicas ó sucesos extraordinarios que invalidasen los recursos de la nacion, ó que la obligasen á atender á dispendios reclamados por su seguridad, no seria ni lícito ni justo acusar á España de mala pagadora, ni renovar las invectivas otras veces lanzadas contra nuestra honra, no obstante que desgracias unas veces, torpezas otras, y jamás la malicia, fueron la causa de nuestras pasadas insolvencias. No es de presumir, sin embargo, que los tenedores de títulos del 3 por 100 desconocieran lo que á sus intereses conviene, y se negasen á entrar en tratos respecto á la manera de robustecer el fondo de amortizacion al que se mostrase dispuesta España á contribuir con la respectable suma de 300 millones de reales.

Veamos en qué manera y sobre qué bases podrian establecerse dichos tratos.

No hay necesidad de demostrar, porque se demuestra con sólo anunciarlo, que el día en que la mejora de nuestra Hacienda y el desahogo del Tesoro permitan considerar como asegurado permanentemente el pago de los intereses de la deuda, nuestro 3 por 100 subiria lo ménos á 60, que deberia ser su precio, observacion que por sí sola basta para evidenciar que los que han comprado títulos á precios que han fluctuado desde 23 á 40, si estiman conservar la posesion de lo que han adquirido, sin correr el riesgo de que se menoscabe su valor, nada perderian contribuyendo por medio de una série de módicos dividendos activos á colmar la diferencia que media entre los precios á que adquirieron el 3 por 100 y el que alcanzara dicho papel en virtud de la indefectible alza que produciria un cuantioso fondo de amortizacion.

Esta diferencia no es la misma respecto al 3 por 100 interior y exterior. El capital de este último fondo es mucho mé-

nos considerable que el de la deuda interior, y superior el precio de que aquel papel goza en las bolsas extranjeras. Tomando en consideracion estas circunstancias, podria fijarse por término medio en 40 el precio convencional que se diera al 3 por 100 exterior, desde cuyo tipo al de 60 resulta una diferencia de 20, que es lo que han venido á pagar de ménos los tenedores de esta clase de papel.

El precio medio de adquisicion del 3 por 100 interior puede graduarse en 30; y siendo el de 60 el que corresponderia á los títulos, aplicado que les fuese un fondo de amortizacion, cuya base y dotacion fija no bajase de 300 millones, elevaria á 30 la diferencia imputable á los títulos de la deuda interior.

Partiendo de la suposicion de que los acreedores consintiesen *voluntariamente* en contribuir en la proporcion indicada al fondo de amortizacion, el 20 por 100 sobre la deuda exterior distribuido en diez años consecutivos, produciria á razon de 2 por 100 sobre el importe á que asciende el capital de la deuda exterior, cuyo importe aproximado es de 11 millones, á 220 millones como producto ánuo de dicho dividendo activo.

El 30 por 100 imputable á la deuda interior, distribuido en quince años á razon del mismo 2 por 100, produciria 310 millones anuales.

Agregadas estas dos sumas á la de 300 millones con que contribuiria el Tesoro público al fondo de amortizacion, tendríamos la enorme suma de 830 millones anuales exclusivamente consagrados á la extincion de la deuda pública.

Este fondo de amortizacion deberia confiarse á comisionados nombrados por las Córtes, en union con delegados de nuestros acreedores nacionales y extranjeros, á cuyo exclusivo cuidado y vigilancia estarian los fondos, los que en ningun caso podrian ser empleados en atenciones del Tesoro.

La distribucion que se diera entre las dos clases de deuda interior y exterior á este opulento fondo de reserva, deberia, obedeciendo á principios de igualdad no ménos que de equidad, dividir entre ambas por iguales partes los 300 millones

con que contribuiría el Estado, al paso que se destinasen exclusivamente á cada una de las dos clases de deuda el producto de los dividendos activos con que contribuyesen sus tenedores.

Con arreglo á estas bases, la deuda exterior poseería un fondo de amortización equivalente; á saber :

Contribuidos por el Estado.....	150 millones.
Por productos del 2 por 100 de dividendos activos.....	220 millones.
Total.....	370 millones.

A la deuda interior corresponderían; á saber:

Contribuidos por el Estado.....	150 millones.
Dividendos de 2 por 100 contribuidos por los tenedores sobre los 15.500 millones á que aproximadamente asciende dicha clase de papel.....	310 millones.
Total.....	460 millones.

Aunque no pueda fijarse anticipadamente con exactitud la progresión que seguiría á la alza impulsada por un fondo de amortización tan potente, admitiendo la suposición menos favorable á la rapidez de la amortización y á la subida de los valores, estaremos dentro de las menos lisonjeras probabilidades, calculando que el alza de la deuda exterior tardase cuatro años en llegar al precio de 60 y no exceda de 75 por término medio en los seis años restantes. Amortizando á dichos precios títulos del 3 por 100 exterior durante los diez años fijados para ejercer en ellos la acción de 370 millones anuales, tendremos que al cabo del indicado plazo, y sin necesidad de recurrir al oportuno medio de fortificar el fondo de amortización con los recursos procedentes de los réditos afectos á los títulos rescatados, se habrán podido retirar de



la circulacion y podrán ser anulados lo ménos 7.000 millones de títulos de la deuda exterior.

En el mismo espacio de tiempo la deuda interior, trabada por una amortizacion de 460 millones, y aún suponiendo que los títulos se elevasen á precio comparable al que tuvo el 3 por 100 francés en los años de mayor prosperidad de la nacion vecina, la deuda interior se habria disminuido en la cantidad de 9.000 millones aproximadamente, y nuestra deuda pública consolidada, hoy importante sólo en títulos del 3 por 100, 26.000 millones de reales, habria bajado á 10.000 millones, y sus intereses, que actualmente importan 800 millones de reales, quedarian reducidos á 300.

Coetáneamente á este resultado, que colocaria la Hacienda y el crédito de España en la situacion de holgura y de prosperidad de que jamás ha gozado, los acreedores del Estado, que habrian contribuido en tan gran manera al éxito de la operacion, léjos de haber perdido el importe de los dividendos con que durante diez años habrian contribuido á aumentar el fondo de amortizacion, se verian ámpliamente reembolsados del importe de los dividendos con que hubiesen contribuido, reembolso que verificaria de hecho y por sí sólo la subida que habrian necesariamente obtenido los títulos; y no sólo se habrian reembolsado dichos tenedores del 20 por 100 con que habrian engrosado el fondo de amortizacion, sino que la menor cantidad de títulos que se mantuviese en circulacion valdrian más que actualmente valen los 26.500 millones de títulos que forman parte de los 33.000 millones á que aproximadamente asciende el total de esta clase de deuda.

VII.

Tiempo es ya tambien de que indiquemos la lisonjera suerte que igualmente cabria á los empleados ó sus habientes derechos, sobre quienes hubiesen recaído las retenciones de

que se habria formado el fondo de amortizacion de los 300 millones. Al cabo de los diez años, estos interesados recibirian el total importe de los haberes que habrian dejado de percibir, cuyo capital les seria satisfecho en títulos del 3 por 100 al precio que tuvieran en la plaza al tiempo de su emision, papel cuya expedita feria, merced al crédito de que no podrán ménos de gozar nuestros fondos, terminada que sea la operacion, pondrian á dichos interesados en situacion de enajenarlo con ventaja, recibiendo de una vez y en metálico sonante los adelantos con que patrióticamente habrian contribuido en beneficio del Estado.

La conversion en títulos del 3 por 100 de los 3.000 millones que habria que reembolsar á los empleados, lo más que podrian acrecentar el presupuesto de la deuda en el concepto de réditos, no excederia de 80 millones de reales, los que unidos á 300 millones, á que vendrian á quedar reducidos los intereses de los títulos del 3 por 100 no amortizados, elevarian la carga anual procedente de intereses de la deuda pública, consumada que hubiese sido la operacion de que venimos ocupándonos, á 400 millones de reales anuales aproximadamente, en vez de los 1.250 que actualmente se están pagando.

VIII.

Creemos haber procurado dar por medio de las explicaciones, razonamientos y cálculos que preceden, una solucion al árduo problema de la restauracion de nuestra Hacienda.

Creemos haber demostrado que para que las economías proclamadas como bandera de redencion, puedan conducir al apetecido resultado, habria que darles la extension necesaria para producir un *excedente disponible en los ingresos de las rentas públicas*, obteniendo este resultado sin expoliar á los infelices servidores del Estado, y ántes bien, compensándoles los sacrificios temporales que se les piden.

Creemos igualmente haber patentizado, que los acreedores de la nación corren un desesperado albur si, abroquelándose en su derecho, se niegan á contribuir á la consolidacion de la hipoteca sobre la que descansan sus intereses. Nadie más interesados que ellos mismos en venir á un acuerdo equitativo, que ligue sus intereses á los del Estado y los asocie á la obra de consolidacion y de la mejora de sus créditos.

Si cada uno de los extremos que acabamos de indicar ha sido satisfactoriamente demostrado en las precedentes páginas, habremos en ello dado una prueba, no ya seguramente de genio, ni de una capacidad rentística que no creemos poseer, pero sí tan sólo de que el sentido comun y la observacion de los hechos, modestamente aplicados al estudio de cuestiones dadas, bastan casi siempre para resolver los problemas al parecer más insolubles.

